

APROPÓSITO DE BRUJERÍAS

Es un lugar común, en cierto ambiente más o menos literario y más o menos erudito, el de que nuestros antepasados eran aficionados a supersticiones y brujerías. Dicho en absoluto es sencillamente una perogrullada, aplicando el calificativo de antepasados a los de cualquier interlocutor de cualquier país; pero, si se antepone al adjetivo «aficionados» un acentuado y resonante «tan», sin hacer seguir aquel del oportunísimo y sobradamente justificado «como», el lugar común no puede pasar sin correctivo. A los eruditos debería bastar con hacer la indicación de los capítulos V y VI de mis «Viajeros rencorosos y ratones de biblioteca o los vascos en el siglo R» (1) publicados en «*Euskal-Erria*» XLIX, 1903; si por pereza no quieren leer esas 10 páginas, podrían leer las 4 de mi prólogo al «Anuario de la Sociedad de Eusko-Folklore, III, Creencias y ritos funerarios», 1923. Todavía no se ha manifestado nadie en son de crítica contradictoria de mi punto de vista; no es tal la de Schuchardt apropósito de otro tema, pues el ir siempre armado y el usar de las armas (entiéndase de espíritu crítico), con ocasión de mis conocimientos de publicaciones, sobre todo alemanas, no quiere decir más sino que estoy siempre al quite; lo contrario, aunque frecuente en nuestros eruditos, es sencillamente tonto.

En cierta tertulia de una villa, que no he de nombrar, se hacían comentarios sobre unas misteriosas caídas de piedrecitas en una carretera cercana y sobre su atribución a los *iretxu*, al oír lo cual un contertulio soltó la espita progresista, barajando el siglo xx con «este país»; pero otro contertulio intervino comparando ingenuamente el caso con la superstición andaluza de la «culebra», y no bien oída esta palabra, el progresista se apresuró nerviosamente a hacer el conjuro del «lagarto», apesar de no ser andaluz. Dicen que las comparaciones son odiosas; pero sin comparaciones no puede

(1) Al lector exótico, que quiera saber lo que quiere decir R=*erre*, se le puede explicar como cualquier siglo, para el lector cándido, si el escritor describió a los vascos al través de rencores o resquemores y no por juicio sereno.

haber verdadera ciencia, ni un hecho verdadero es una verdad. No hace falta más que manejar cualquier enciclopedia europea para convencerse de que la epidemia de brujería de fin de la Edad media y parte de la moderna, fué general en Europa, católica y protestante.

No me creo en el caso de haber de reconocer que alguno de mis antepasados pasase por brujo, aunque no me extrañaría que entre los tatarabuelos (256) de mis tatarabuelos hubiera habido alguno, que huyese de denuncias falsas, muy de temer ante jueces de la calaña de P. de Lancre; en lo que no creo cometer imprudencia temeraria es en no admitir entre mis antepasados a ningún juez con más supersticiones que sus encausados y con procedimientos de tormento muy apropiado para trastornar el juicio y hallar delincentes donde no los hay, cuando no para dar vuelo a calumnias de imposible realidad contra la víctima de un crimen. Teólogos españoles, italianos y alemanes (estos últimos jesuitas) lucharon contra las obsesiones persecutorias y negaron la realidad de los ake-larre: no está, por tanto, justificada ninguna clase de medidas contra gentes, que decían concurrir a soeces fiestas, inexistentes, como no fuera en la fantasía de los acusadores o en los sueños de los atormentados. Tampoco prueban nada, respecto del vampirismo de los brujos, los procedimientos en uso para testimonios y declaraciones, tanto menos, cuanto que en pleno siglo xx se han cometido errores judiciales enormes con procedimientos algo diferentes. No estará fuera de ocasión el hacer constar que Gador es en la provincia de Almería, diametralmente opuesta al país vasco en la Península Ibérica, y los casos semejantes, que se pueden citar de vampirismo del siglo xx, son de las provincias de Castellón, Asturias y Barcelona.

Aquelarre se llama en castellano el supuesto lugar de reunión de las brujas, porque en el proceso de las de Zugarramurdi lo localizaban en un sitio (no como dice algún folklorista meridional, entre Navarra y Logroño; ni tampoco, como dice un geógrafo, montaña), pastizal o campo entre Zugarramurdi y Urdax. Hoy es nombre común; pero también lo son los nombres, que en euskera de Vizcaya se dan a los supuestos sitios de reunión: *petralanda* y *eperlanda*. Donde usan un nombre no saben del otro y combinarlos valdría tanto como decir Gardeny de Aquelarre, o Walpurgis de Barahona.

Las unturas, y las aberraciones que las acompañaban, mere-

cían algún castigo, como lo merecen hoy los estupefacientes y los paraísos artificiales, mal llamados así; pero los procedimientos seguidos, fomentando las bajas pasioncillas disolventes y aterrizando almas enfermas, más conducían a agrandar el mal, que a curarlo; así fué que éste se amortiguó a medida que los jueces iban ganando en sentido común. *Sublata causa tollitur effectus.*

Telesforo de ARANZADI